

ya que han prestado un gran servicio a la historia de la lingüística española), sino llamar la atención a los responsables de la labor editorial científica en España. La noble artesanía del libro parece estarse descuidando hoy en día, y no son pocas las ediciones científicas españolas —tanto de libros como de revistas— que pierden parte de su valor por culpa de las abundantes y absurdas erratas que en ellas se deslizan, y que tienen su explicación —no su justificación, por supuesto— en el angustioso apresuramiento de la vida contemporánea.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

BERTA ELENA VIDAL DE BATTINI, *El español de la Argentina*. Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires, 1964; 227 pp.

*El español de la Argentina* de Berta Elena Vidal de Battini es una obra merecedora de la mayor admiración, por su seriedad y madurez. Como dice Ángel Rosenblat en el prólogo, es éste el primer estudio amplio sobre una variedad del español, destinado a personas cultas, preocupadas por el buen uso y la enseñanza del lenguaje, sin ser especialistas en lingüística o filología. El libro ha sido publicado por el Consejo Nacional de Educación y está dirigido en primer lugar a los maestros y profesores. De ahí el paralelo que traza el prologuista entre esta obra y las *Advertencias* de Andrés Bello sobre el español de Chile. Es de esperar que el trabajo que estamos reseñando contribuya a crear una nueva conciencia del lenguaje en la Argentina y repercuta favorablemente en su castellano escrito y hablado.

El libro de la Dra. Vidal de Battini es un trabajo objetivo en sus bases, y su orientación normativa no obedece a preconcepciones dogmáticas y puristas, sino a un amplio conocimiento teórico y práctico del español general y de muchas de sus variantes regionales, sobre todo las de Argentina. La abundante documentación y la larga experiencia de la autora en materia de encuestas sobre el terreno prestan una gran solidez a la mayoría de sus afirmaciones, mientras que el estilo diáfano de la obra realza su valor pedagógico. Los numerosos mapas que acompañan el texto preparan el terreno para el futuro Atlas lingüístico argentino.

Por la índole misma del público al que se destina el libro, la autora no entra en detalles que, aun siendo de interés fundamental para el especialista, pudieran ser engorrosos o incomprensibles para la generalidad de los lectores. Evita en lo posible los tecnicismos, la descripciones recargadas y los problemas controvertibles. Así, haremos nuestras observaciones tomando en consideración el objetivo del libro, con la esperanza de que algunas de ellas puedan ser útiles para las nuevas ediciones de la obra, que seguramente han de venir.

La autora se muestra muy optimista en relación con la acción de la enseñanza escolar sobre el lenguaje, y nosotros compartimos, en lo fundamental, su optimismo. La escuela, junto con los medios de difu-

sión, como la radio, la televisión, la prensa y el libro, son capaces de obrar verdaderos milagros. Un caso elocuente es el refuerzo de la distinción entre la *-l* y la *-r* implosivas en el español de Caracas. Parece que en la mayor parte de las tierras bajas de Venezuela el lenguaje popular había perdido casi enteramente esta distinción hace largo tiempo. En lo que respecta a Caracas, los únicos depositarios de la pronunciación tradicional eran, hasta hace poco, los hablantes cultos. Sin embargo, la distinción se ha ido generalizando cada vez más en todos los niveles sociales, y hoy aun los hijos de campesinos aprenden a distinguir consistentemente los dos fonemas en cualquier posición, al cabo de unos pocos años de escolaridad. Es muy corriente encontrar en Caracas familias de la clase popular en que los jóvenes hacen la distinción, mientras que los adultos y viejos la ignoran. Este hecho provoca, a menudo, una actitud de burla de los menores hacia los padres y abuelos. El mismo fenómeno se observa en los demás centros urbanos y hasta en el campo, aunque con intensidad mucho menor. Frente a la confusión *r-l* no se observa ni remotamente el grado de tolerancia con que se ve —digamos— la aspiración de la *-s* final. Todo hace prever que en las próximas décadas la distinción de *-r* y *-l* se habrá generalizado en todo el país.

También llama la atención la autora sobre la firmeza de la *d* de la terminación *-ado* (*cansado, soldado, etc.*) en el habla culta de toda la Argentina (p. 98). Según ella, se trata de un fenómeno de poca extensión geográfica, probablemente confinado a la Argentina, el Valle de México y dos o tres regiones más. A nosotros nos parece que en la mayor parte de Hispanoamérica esta *d* se conserva en el habla culta mucho mejor que en España. La persistencia de *-ado* en los Andes ecuatorianos es ampliamente conocida. En Venezuela, incluyendo las tierras bajas, con la ciudad de Caracas, la clase culta no tolera la supresión de esta *d*, ni siquiera en el habla coloquial de la gente instruida. También está muy extendido el hábito de articular enérgicamente la *-d* final, sobre todo en el habla formal y en voces cultas (*libertad, facultad, etc.*). La conservación o reposición de la *-d* en estas posiciones merecería un estudio detenido en el español de toda América.

Con respecto a la pronunciación de los grupos cultos, la autora sostiene que “entre semicultos del *Litoral*, de familias extranjeras (excepcionalmente en alguna persona culta), se oyen las pronunciaciones *ocservar, ocjeto* y *ojecto, octener, acsoluto*. Entre familias tradicionales, tanto del *Litoral* como del interior del país, se pronuncian correctamente” (p. 97). En nuestra opinión, estas pronunciaciones son panhispánicas, y en ninguna parte constituyen un criterio para revelar el origen extranjero de un hablante. La extensión y arraigo de estas formas varía de una región a otra: en Buenos Aires se dan fundamentalmente en personas semicultas, pero en Caracas y La Habana son corrientes aun en hablantes de cultura universitaria, sin excluir a los profesores de castellano.

La autora simplifica algo el problema de los timbres vocálicos. Nos explicamos perfectamente que no los trate en forma prolija, en

una obra destinada fundamentalmente a maestros de escuela. Pero en todo caso habría podido matizar un poco algunas afirmaciones demasiado categóricas. Es cierto que el español argentino conoce las mismas cinco vocales (o, más precisamente, los mismos cinco fonemas vocálicos) del español general. Pero no se articulan exactamente como en la lengua general. Leyendo con atención las descripciones de otros autores, y oyendo hablar a argentinos de cualquier región del país, podemos percatarnos de diferencias de timbre muy marcadas en relación con las que aparecen en el *Manual de pronunciación española* de T. NAVARRO TOMÁS. Piénsese en el mayor cerramiento de la *e*, en la diferente distribución de alófonos abiertos y cerrados en el caso de la *e* y la *o*, en la menor diferencia entre vocales tónicas y átonas. Por ello la autora habría podido decir "se articulan *aproximadamente* como en el español general", o algo similar. Nos parece igualmente exagerada la afirmación de ZAMORA VICENTE (*Dialectología española*, p. 357, n. 22) citada por la autora al pie de la p. 83, de que *padre* tiene una *a* media, ligeramente palatal, en toda el área española, lo mismo en la meseta castellana que en la Patagonia o Nuevo México". Admitimos que éste es, en efecto, el tipo de *a* más extendido en la lengua, pero existen vastas regiones, tanto en España como en América, que favorecen decididamente variantes francamente velares o palatales del fonema, perceptiblemente diferentes de la *a* media. Para citar un ejemplo, Navarro Tomás señala que el lenguaje popular de gran parte de Castilla prefiere la *a* velar en todas las posiciones.

La autora capta muy bien la neutralización de los diptongos *ai-ei* en algunas regiones. Pero la ejemplificación que ofrece puede inducir a error, ya que da la impresión de un intercambio caprichoso: *ray*, *vainte*, *azaite*, *beile*, *neipe* (p. 88). Quizá sea poco clara la explicación de *diya* 'día', *tiya* 'tía', *bateya* 'batea' (p. 94) como reposición ultracorrecta en regiones de debilitamiento y pérdida de la *y* intervocálica. El fenómeno es mucho más general de lo que a primera vista podría suponerse. Sucede que esta *y* es muy débil y caduca en muchas regiones del español, como puede verse en *BDH*, t. 1, pp. 197-198 y notas. Podríamos citar infinidad de ejemplos del occidente de la Península, de Nuevo México, de Centroamérica, del judeoespañol, etc. Ahora bien, en sistemas lingüísticos que conocen la *y* débilmente articulada, su presencia tiende a ser optativa, al menos en ciertos contextos fonéticos, reduciéndose muy a menudo a una mera epéntesis antihiática sin valor fonemático. Tal parece el caso de las pronunciaciones *diya*, *bateya* en algunas regiones de *y* débil. El debilitamiento y pérdida de este sonido se ha estudiado en todo tipo de lenguas (inglés, francés, ruso, húngaro, lenguas africanas y americanas, etc.). Así, no parece conveniente recurrir a una reposición ultracorrecta, aunque la ultracorrección puede influir en algunos casos aislados. De modo análogo, si hay vacilación, tanto en las clases populares como en personas cultas, entre *Paulo* y *Pablo* (seguramente hay una pronunciación intermedia), no parece que *taula* por *tabla* se deba a ultracorrección (p. 87) en regiones que neutralizan la *u* semivocálica y la *b* preconsonántica (*jaula-jabla*, *Aurelia-Abrelia*, etc.).

Algunas veces la autora conserva restos de una vieja actitud purista. Habla, por ejemplo de "restaurar las formas más nobles de nuestra lengua" (p. 14) o dice que todas las regiones argentinas, junto a las modalidades de carácter divergente, "conservan los rasgos castellanos de mayor dignidad" (p. 197).

No nos parece conveniente hablar de "vocales guturalizadas" (p. 87) en el guaraní. En primer lugar el término *gutural* se usa cada vez menos en la fonética moderna debido a su vaguedad, ya que comprende puntos de articulación enteramente disímiles (velar, uvular, faríngea, glotal, etc.). Por otra parte, el término "vocal guturalizada" da a entender que se trata de una vocal de otro tipo modificada por la acción de la garganta. Ahora bien, la sexta vocal del guaraní, la *î*, no proviene de la modificación de ninguna otra vocal, sino que constituye un fonema vocálico por derecho propio, cerrado, central y no redondeado, similar a la *yeri* del ruso.

Sin duda es un lapsus decir que el mantenimiento de la *ll* en el español del Paraguay se debe a que el guaraní tiene el sonido *ll* (p. 118). El inventario fonológico patrimonial del guaraní desconoce tanto la *l* como la *ll*. El que los hablantes de toda la región guaranítica pronuncien correctamente la *ll* hay que explicarlo por otras razones, como lo ha hecho AMADO ALONSO en su prólogo a los *Hispanismos en el guaraní* de Morínigo (pp. 11-12). También es discutible que la *ll* sea un fonema vivo en la mayor parte del mundo hispánico (pp. 121-122). En la descripción del yeísmo porteño nos sorprende la ausencia de toda referencia a la *y* africada rehilada, que si bien carece de valor fonemático, es muy frecuente en la pronunciación del litoral argentino. En la definición de rehilamiento habría podido evitarse fácilmente la frase "temblor y zumbido con que se pronuncian ciertas letras" (p. 117, nota), cambiando la palabra *letras* por *consonantes*.

Nos extraña que la autora haya puesto, seguramente por descuido, la forma antigua *máma* entre los casos de desplazamiento de acento (p. 132). En *telégrama* tampoco ocurre, en rigor, un desplazamiento de acento, pues no constituye una alteración de *telegrama*, sino que es variante, hoy muy desprestigiada, de un cultismo que hasta hace poco vacilaba entre la acentuación grave y la esdrújula.

En general, se indica con esmero, a lo largo de la obra, la procedencia de los dialectalismos anotados. Algunas veces, sin embargo, no aparece la referencia exacta. En la p. 117, por ejemplo, menciona la autora las variantes *dura* y *ora*, sin precisar la región en que se usa cada una (creemos que en el litoral predomina *dura*).

No es exacta la afirmación de que en Curaçao "la gente culta habla... español, holandés e inglés; la gente del pueblo, descendiente de antiguos esclavos negros, habla el dialecto criollo llamado *papiamento*". En Curaçao el papiamento es la lengua coloquial de toda la población, si se exceptúan los extranjeros y algunos de sus descendientes. El holandés, lengua oficial de la isla, constituye la lengua de la educación y de la cultura, aun cuando también el papiamento pugna por desarrollar una literatura y se ha generalizado en la radio-difusión. Gran parte de la población habla además el español y el

inglés, en grado muy variable, de modo que Curaçao es una isla esencialmente plurilingüe, situación que lejos de limitarse a las clases superiores se da también, con menor intensidad, en los demás estratos de la población.

Hay dos hechos mencionados por la autora que merecerían un estudio más detenido. El primero es el ensordecimiento ocasional de la *y* africada de la región guaranítica (p. 118), por cuya acción la *y* puede aproximarse a la *ch*. El otro es el alargamiento compensatorio de la vocal acentuada de los infinitivos cuando se pierde la *r* final, como en *comé, comprá, comelo, nombrame*, etc. Tal alargamiento no es común, al menos en las tierras bajas de Venezuela, donde el fenómeno de la caída de la *-r* del infinitivo es general hasta en la pronunciación coloquial culta.

Finalmente, algunas observaciones de carácter tipográfico. Es lástima que la falta de tipos fonéticos haya obligado a improvisar algunos signos, que resultan poco claros y se prestan a confusión. Nos parece mejor transcribir *poncho 'e lana, pasto 'e campo*, etc., con apóstrofo normal, y no con el apóstrofo invertido (*poncho 'e lana*), que puede interpretarse como signo de aspiración. Preferimos igualmente la acentuación doble en formas como *digalé, dármeló, escapárselé*, etc., ya que el tema verbal no pierde su acento en estos casos (transcripciones como *poniendomé, vistiendosé*, etc., p. 133, producen una falsa impresión en el lector no familiarizado con el fenómeno). En relación con este mismo hecho, la afirmación de que "*vamonós...* es la forma que se usa en Venezuela" (p. 133) es demasiado categórica. Si bien es cierto que se da en Venezuela la forma *vamonós*, ésta no es sino una variante afectiva de la forma básica *vámonos*, que es la que se usa de ordinario. Fuera de este *vamonós*, casi no ocurre el pronombre enclítico acentuado en el habla venezolana.

Las observaciones que hemos hecho no le quitan méritos a la obra. *El español de la Argentina* constituye, sin duda, una contribución sustancial a la dialectología hispanoamericana, y ha de tener además influencia eficaz en la enseñanza del castellano de la Argentina.

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Instituto de Filología "Andrés Bello" (Caracas).

*Lírica hispánica de tipo popular. Edad Media y Renacimiento.* Sel., pról. y notas de MARGIT FRENK ALATORRE. Universidad Nacional Autónoma, México, 1966; xxix + 270 pp. (Col. *Nuestros clásicos*, 31).

Desde que Cejador publicó su utilísima y desordenada obra *La verdadera poesía castellana* y desde que Menéndez Pidal pronunció su memorable lección de apertura de curso en el Ateneo madrileño (1919), un mundo inédito entraba a formar parte del acervo de lecturas de cualquier amante de la poesía. Después, obras de estudio (como la *Versificación irregular* de Henríquez Ureña) o antolo-